

ESCUELA FRANCESA DE ESPIRITUALIDAD

Sumario - Introducción - I. Contexto social y religioso del gran siglo de las almas: 1. La sociedad francesa; 2. Los cristianos en el siglo XVII. II. *Los personajes claves de este movimiento:* 1. Bérulle (1575-1629) y Condren (1588-1641), los iniciadores; 2. Juan Eudes (1602-1680); 3. J. J. Olier (1608-1657) y San Sulpicio; 4. Los místicos jesuitas; 5. ¿Era beruliano Vicente de Paúl?; 6. Presencia de las mujeres en la escuela francesa. III. *Doctrina espiritual, espíritu y pedagogía:* 1. Teocentrismo, el espíritu de religión y la adoración; 2. Cristocentrismo místico: a. El Verbo encarnado; b. La vida cristiana; 3. El sentido de Iglesia; 4. La Escuela francesa y la misión: a. El siglo XVII ha sido en Francia un siglo muy fuertemente misionero, b. Algunas palabras significativas: «misión», «apostólico», c. Una teología y una espiritualidad de la misión: el aporte de la escuela beruliana; 5. ¿Una pedagogía específica? 6. Qué pensar en el pesimismo de la Escuela francesa. IV. *Grignon de Montfort, «el último de los grandes berulianos».*

* * *

INTRODUCCION

Luis María de Montfort se vincular sin lugar a dudas a lo que se acostumbra llamar la Escuela francesa de espiritualidad. Es uno de sus mejores herederos y testigos. En efecto, quedó muy marcado por la formación recibida en el seminario de San Sulpicio (1692-1700) y guardó estrechos lazos con sus formadores. Enrique Bremond lo llamó con razón *el último de los grandes berulianos*, aunque asumió de manera muy personal los elementos de la doctrina y pedagogía del cardenal de Bérulle y Juan Jacobo Olier.

Es importante, pues, a fin de comprender mejor el pensamiento, escritos y compromiso apostólico de Montfort, conocer, al menos a grandes líneas, la Escuela francesa de espiritualidad.

Por otra parte, esto se facilita más hoy que hace unos años. Ya en el siglo XIX, Mons. Gay había vulgarizado los temas esenciales de la Escuela francesa: le había sucedido Dom Marmion (Cristo, vida del alma, en 1917; Cristo en sus misterios, en 1919), cuyos títulos son muy berulianos, y que ejerció muy grande influjo. A partir de 1915, los grandes libros de E. Bremond sacaron definitivamente del olvido a Bérulle y sus discípulos: *L'Invasion mystique*, y luego *La Conquête mystique* pusieron de manifiesto para grandes multitudes la grandeza, influjo y riqueza teológica de los maestros de la Escuela francesa. Desde entonces, casi toda historia de la espiritualidad ha concedido amplio espacio a esta corriente espiritual y apostólica. Ciertos estudios, como el de G. Salet, s.j. (1938), han mostrado hasta qué punto se fundamenta en el pensamiento de los Padres de la Iglesia la doctrina de Bérulle. Pero sobre todo las recientes publicaciones de Pourrat, Gautier, G. Rotureau, L. Cognet, P. Cochois, M. Dupuy han aportado bases textuales, históricas y teológicas sólidas a nuestro conocimiento de la Escuela francesa. En el plano de la vulgarización, múltiples sesiones y publicaciones han contribuido desde hace treinta años, a divulgar las riquezas siempre vivas de esta espiritualidad. Los miembros de la familia monfortiana al igual que los de la familia lasallana toman parte activa en esa búsqueda y en esas publicaciones ¹. Un primer acercamiento puede proponerse al empezar este artículo: sus elementos serán recogidos a lo largo de las siguientes páginas. Al interrogante planteado con frecuencia: ¿Se puede describir la Escuela francesa de espiritualidad?, parece posible ofrecer la siguiente respuesta: a partir de Bremond, se acostumbra llamar *Escuela francesa* a todo un movimiento espiritual, misionero y

reformador, que animó a la Iglesia de Francia a comienzos del siglo XVII. Algunos líderes que la representan (Bérulle, Condren, Olier, san Juan Eudes y también san Vicente de Paúl), y por una filiación numerosa (san Luis María de Montfort, san Juan Bautista de la Salle, Luis Lallemand, etc.), se distingue este movimiento por:

a. *experiencia espiritual profunda*: cada uno de estos maestros es un verdadero místico, alimentado en las Escrituras, sobre todo en san Pablo y san Juan;

b. *insistencia sobre ciertos aspectos de la fe y de la vida cristiana*: sentido de la grandeza de Dios y de la adoración...; relación con Jesús vivida sobre todo por la *comunidad* con sus estados, misterios, sentimientos filiales y apostólicos; gran devoción al Espíritu de Jesús resucitado y a cuya acción debe abandonarse el cristiano; contemplación muy teológica de los misterios de María;

c. *sentido místico de la Iglesia Cuerpo de Cristo*, continuación y plenitud de la vida de Jesús, de su oración y su misión;

d. *cierto concepto del hombre*, agustiniano y pesimista, por una parte, y muy positivo y optimista, por otra: *el hombre pura capacidad de Dios*;

e. *compromiso apostólico y misionero vigorosísimo*; pedagogía pormenorizada y muy adaptada: métodos de oración, votos de servidumbre o diferentes compromisos;

f. *atención peculiar* a la dignidad de los sacerdotes, de su santidad y formación.

Las grandes actitudes son, pues, según ellos, la adoración y la *religión* (respeto y amor) para con el Padre, la adherencia o la *comunidad* en y con los sentimientos filiales y apostólicos de Jesús, el abandono a su Espíritu, y la *auténtica* devoción a María, en quien

Jesús vive y reina, y que nos introduce en sus misterios.

I. CONTEXTO SOCIAL Y RELIGIOSO DEL GRAN SIGLO DE LAS ALMAS

Esta época es ahora muy conocida, gracias a estar bien documentada por excelentes historiadores. Aquí será suficiente señalar algunos aspectos que pueden clarificar los compromisos apostólicos y la doctrina espiritual de los maestros de la Escuela francesa. Son hombres de esos de quienes decía Lacordaire: «Lo propio de los corazones grandes es descubrir la necesidad principal de la época en que viven y consagrarse a solucionarla»².

1. La sociedad francesa en el siglo XVII - Francia vivía un agitado período de recuperación después de las guerras de religión. No obstante, la pobreza es muy grande en ciertas regiones fronterizas como Lorena y Picardía. La situación de los campesinos de Francia es muy precaria prácticamente en todas partes, hasta las puertas de París. Hay que advertir que en esta época la burguesía se desarrolla mucho. Este ambiente de *clases medias*, cercano a la aristocracia, será por excelencia el crisol de la renovación cristiana. Muchos de aquellos que se llamarán *devotos* pertenecerán a esa burguesía o a esa clase media noblesse de robe).

2. Los cristianos en el siglo XVII - En el siglo XVII, los cristianos dieron muestras de gran vitalidad. Pero una verdadera renovación había comenzado ya el siglo anterior. Sin embargo, algunos han podido hablar de la «gran postración de la Iglesia en Francia», a propósito del comienzo del siglo XVII. Vicente de Paúl decía: «la Iglesia no tiene peores enemigos que los sacerdotes»³. Estos, en efecto, estaban muy poco formados y muy poco les ayudaban sus obispos. Muchos de éstos no residían en sus diócesis. Los religiosos comenzaban a renovarse como consecuencia del Concilio de Trento. Pero el siglo XVII, sobre todo en sus comienzos experimenta una explosión de reformas y fundaciones. De allí emanará un dinamismo extraordinario.

llevará a hacer el voto de servidumbre a Jesucristo. Ya una lectura atenta de algunas páginas escogidas de Bérulle permite percibir la profundidad y el lirismo de su doctrina cristológica muy bien fundada teológicamente.

Aunque cumple otras funciones, de orden diplomático o reformador, aunque en 1627 Urbano VIII lo hace cardenal, Bérulle pasará a la historia de la espiritualidad como maestro e iniciador reconocido: «Sin Bérulle, faltaría algo esencial a la vida espiritual de Francia y al pensamiento cristiano» (J. Dagens).

Carlos Condren sucederá a Bérulle como superior del Oratorio. Sin haber dejado muchos escritos ni realizado grandes obras, ejercerá un influjo muy profundo. Su irradiación espiritual será entonces determinante en la Iglesia en Francia. «Dirige, entre 1630 y 1640, a todos los santos que había en París». Orientará a Olier a la fundación de los seminarios y ejercerá sobre él poderoso influjo, como director espiritual, después de san Vicente de Paúl. Condren inició a Olier en el espíritu beruliano, especialmente en la devoción al Santísimo Sacramento. Le legó su *oracioncita*: «Ven, Señor Jesús, a vivir en tu servidor».

Sus actividades se centrarán en el Oratorio: fundará comunidades oratorianas en Nevers, Langres, Poitiers, St-Magloire y París, y, al morir Bérulle, será elegido superior general en 1629. Visitará sus casas, querrá renunciar a su cargo en 1634 y morirá en 1641. Su doctrina espiritual se halla marcada por una fuerte insistencia en el sacrificio. El teocentrismo beruliano, la adoración se expresan en él por el sacrificio, la inmolación, el estado de víctima: habla a menudo de anonadamiento y destrucción. Condren habla a

menudo de la Misa: Jesús «prolonga en ella por todos los siglos el mismo sacrificio y multiplica cada día su ofrenda en los altares». Su doctrina será dada a conocer por dos de sus discípulos: Juan Eudes y Olier.

2. Juan Eudes (1601-1680) - San Juan Eudes, gran misionero, heredero del Oratorio, es para muchas familias religiosas, algo así como Montfort, el padre e inspirador: su posteridad espiritual va de los eudistas hasta las hermanitas de los pobres, pasando por Nuestra Señora de la Caridad, el Buen Pastor, las hermanas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, las hermanas de Paramé, etc. Lo que a menudo se llama *familia eudista* sigue muy vital y se alimenta en el ejemplo y la doctrina del gran misionero y maestro espiritual que fue Juan Eudes. Su pensamiento teológico, muy beruliano, es solidísimo, aunque se exprese a veces con mucha abundancia.

A diferencia de Bérulle, de Condren, de Olier y Vicente de Paúl, permanecerá relativamente poco en París. Nacido en Normandía en 1601, morirá en Caén, en 1680,

después de haber misionado mucho, en el Oeste y en otras partes (incluido París), y haber fundado una Congregación religiosa (Nuestra Señora de la Caridad) para la recuperación de las prostitutas, lo mismo que muchos seminarios en Normandía y Rennes. Se hallará en el origen de las celebraciones litúrgicas del Corazón de María (1648) y de Jesús (1672). Publicará muchas obras, fruto de sus misiones, las cuales serán reeditadas muchas veces, aun durante su vida: *La Vida y Reinado de Jesús en las almas cristianas* (1ª ed., 1637); el *Contrato del hombre con Dios por el santo Bautismo* (1654); el *Buen Confesor* (1ª ed., 1666), etc.

Juan Eudes fue oratoriano durante 20 años. Lo recibió en el Oratorio Bérulle mismo (1623), año de publicación de los *Discursos sobre el estado y grandezas de Jesús*, recibirá su formación en un ambiente muy cristocéntrico y apostólico, en parte bajo el influjo de Condren. En carta de éste (carta 56 de la edición Auvray-Jouffrey) se encuentran pasajes tomados textualmente por Juan Eudes en *La Vida y Reinado de Jesús*.

Si dejó el Oratorio en 1643 para fundar el Seminario de Caén y la Congregación de Jesús y de María, nunca abandonó la doctrina propiamente beruliana recibida en el Oratorio y perfectamente asimilada y divulgada durante largos años. Juan Eudes es el más

legible de los berulianos. Leer algunas de sus páginas es la mejor introducción a la espiritualidad de la Escuela francesa. Para él, «la vida cristiana es la continuación y plenitud de la vida de Jesucristo»⁴. Cuando un cristiano ora, prolonga y plenifica la oración que Jesucristo hizo en este mundo; cuando trabaja, prosigue y plenifica la vida laboriosa de Jesucristo: «Debemos proseguir y llevar a plenitud en nosotros los estados y misterios de Jesús, y pedirle a menudo que los realice y lleve a plenitud en nosotros y en toda su Iglesia. Porque los misterios de Jesús no tienen aún su perfección y plenitud totales. Aunque sean perfectos y plenos en la persona de Jesús, no son todavía perfectos y acabados en nosotros que somos sus miembros, ni en su Iglesia que es su cuerpo místico. Porque el Hijo de Dios tiene el designio de ofrecer participación y hacer una como extensión y prolongación en nosotros y en toda su Iglesia, de sus misterios, por las gracias que quiere comunicarnos y por los efectos que quiere realizar en nosotros por estos misterios. Y por ese medio, quiere llevarlos a plenitud en nosotros.

«El Hijo de Dios proyecta realizar y llevar a plenitud en nosotros todos sus estados y misterios. Proyecta realizar en nosotros el misterio de la encarnación, de su nacimiento, de su vida escondida, formándose y naciendo en nosotros, por los santos Sacramentos del Bautismo y de la divina Eucaristía y haciéndonos vivir una vida espiritual e interior que sea escondida con él en Dios»⁵.

Su vida personal, muy larga y ocupada, correspondió a su doctrina: desde su *voto de martirio*, del comienzo de su vida sacerdotal, hasta su muerte, a través de numerosísimas visiones (más de cien) y de innumerables actividades, especialmente fundación de comunidades y dirección espiritual, según su expresión, habrá «hecho profesión de Jesucristo». Su cristocentrismo místico y apostólico se expresará en admirables oraciones al «Corazón de Jesús y de María» (*Ave Cor*) y en «oraciones antes de mediodía», centradas todas en Jesús, a quien se adora en tal o cual actitud, a quien se da gracias, a quien se pide perdón, y a quien por último se entrega uno en totalidad para que viva en nosotros. Muy cuidadoso de la pedagogía, un tanto como Francisco de Sales antes de él y como Montfort después de él, no olvidará decir que «la práctica de las prácticas..., la devoción de las devociones..., es no apegarse a ninguna práctica... sino darte al Espíritu Santo de Jesús»⁶. Para él, la obra de las obras es «la formación de Jesús en nosotros» (ver Gl 4,19). Dejará vivir en sí a Jesús y tomar plena morada en él y pasará su existencia repitiéndolo y comprometiéndose activamente para que Jesús viva y reine en las almas cristianas. Su berulismo, sencillo y profundo a la vez, estará coloreado de una sólida teología, fundada toda en san Pablo y san Juan, enseñanza que repartirá sin medida.

3. Juan Jacobo Olier (1608-1657) y San Sulpicio. Si Montfort, nacido en 1673, no conoció a Olier, sí oyo hablar mucho de él en San Sulpicio, y muchísimos aspectos de su mensaje –y ante todo de su experiencia– hacen pensar en el fundador de San Sulpicio. Se ha insistido mucho –quizás demasiado– en las deformaciones y la inflexibilidad a que los sucesores de J. J. Olier, especialmente L. Tronson sometieron la doctrina primitiva de San Sulpicio. Es importante, de todos modos, recordar algunas etapas del itinerario oleriano y algunos rasgos mayores de su enseñanza. Había nacido en París en una familia de la nobleza. Pasará allí la mayor parte de su vida, fuera de una breve permanencia con su familia en Lyon, donde estudiará con los jesuitas (1617-1624), y numerosas misiones fuera de la capital.

Luego de algunos años de vida cristiana bastante tibia, se abre en 1630 a una verdadera vida espiritual y contempla la posibilidad de hacerse sacerdote por motivos apostólicos. Bajo la dirección de san Vicente, sigue los ejercicios de lo ordenandos en San Lázaro y recibirá la ordenación en 1633. Obedeciendo al impulso de San Vicente, se entrega a las misiones y participa en las *conferencias de los martes*. Encuentros decisivos (Inés de Langeac, María Rousseau, el P. Condren) le orientan a la fundación de un seminario,

primero en Vaugirard (diciembre de 1641), luego en San Sulpicio, donde le nombran párroco en 1643. Para él, el fruto de las misiones sólo quedará asegurado gracias a una formación espiritual y apostólica sólida, centrada en la unión con Jesucristo.

El mismo, que ha pasado por el crisol de una prueba psicológica y espiritual a la vez (1639-1641), demostrará ser un excelente maestro espiritual. En pos de Condren y los oratorianos, pero en forma muy personal, emitirá votos de servidumbre que jalonarán su vida: a María en 1633, a Jesús en 1642, a las almas en 1643, voto de hostia en 1644, oblación total por María a la santísima Trinidad en 1652...

Su preocupación apostólica de misionero rural, de fundador de seminarios (París, Nantes, Viviers, Le Puy, Clermont...), de párroco reformador, va a duplicarse con un compromiso misionero *ad extra* en favor de la misión de Montreal, con la cual se comprometerá, de todos modos, hasta la víspera de su muerte. Finalmente, utilizará sus últimos años para redactar algunas obras de espiritualidad que ejercerán notable influjo: *La journée chrétienne* (1655), *Le catéchisme chrétien pour la vie intérieure* (1656), *L'introduction à la vie et aux vertus chrétiennes* (1657). Morirá el lunes de pascua, 2 de abril de 1657. Pero sólo en 1676 publicará L. Tronson el célebre *Traité des saints ordres*, utilizando extractos de escritos del P. Olier, no sin introducirles ciertas inflexiones perjudiciales, como lo ha probado un estudio reciente ⁷. Múltiples manuscritos, en especial Memorias abundantes escritas a petición de su confesor, el P. Bataille, permiten conocer bien a Olier. Pero sobre todo sus Cartas brindan el mejor testimonio de él como educador espiritual.

Si E. Bremond no ha dudado en hablar de la excelencia de J. J. Olier como buen heredero y testigo del berulismo, parece suficiente subrayar aquí cuatro aspectos de su mensaje espiritual y de su pedagogía que constituyen la verdadera herencia que ha dejado a la Iglesia de Francia.

a. El primer capítulo del Directorio espiritual de San Sulpicio puede considerarse como el *principio y fundamento* de toda su doctrina: «La finalidad de este Instituto será vivir soberanamente para Dios en Jesucristo, Nuestro Señor, de manera que el interior de su Hijo penetre lo íntimo de nuestro corazón y que a cada uno le sea permitido a cada uno decir de sí mismo lo que san Pablo afirmaba de sí confiadamente; «Ya no vivo yo, Cristo vive en mí» (Ga 2,20). Esa será en todos la única esperanza y pensamiento único, lo mismo que el único ejercicio: vivir interiormente de la vida de Cristo y manifestarlo por actos en nuestro cuerpo mortal» ⁸.

b. El espíritu apostólico que lo animó y que él identificó con el Espíritu de Jesucristo es la fuente de todo ministerio en la Iglesia: «Los varones apostólicos y todos los apóstoles son portadores de Jesucristo; llevan por todas partes a Nuestro Señor, son como sacramentos que lo llevan a fin de que en dependencia de ellos y por ellos publique la gloria de su Padre» ⁹.

c. El método de oración, centrada totalmente en Jesús, es una verdadera escuela de oración. Un historiador reciente de la espiritualidad ha podido escribir: «Se puede pensar que la contribución más práctica de la Escuela francesa a la espiritualidad católica ha sido el enfoque resultante cristocéntrico de la oración. Lo encontramos claramente expresado en el llamado *método sulpiciano* que conlleva sucesivamente: una etapa de adoración: Jesús delante de los ojos; una etapa de comunión: Jesús en el corazón; una etapa de cooperación: Jesús en las manos» ¹⁰.

d. ¡Oh Jesús que vives en María!, oración que Olier había recibido de Condren y a la que había dado coloración mariana, ha sido y sigue siendo una oración que «resume admirablemente la enseñanza de Bérulle y de su escuela» ¹¹. A propósito de esta oración,

E. Bremond escribe: «como tésera de la Escuela francesa, sería difícil imaginar algo más perfecto».

4. Los místicos jesuitas - Parece que la expresión *jesuitas berulianos* está poco justificada. Lo cierto es que ha existido en Francia en la Compañía de Jesús, sobre todo de 1610 a 1650, toda una corriente mística emparentada con el movimiento de la élite devota cuya figura más sobresaliente era Bérulle. El P. Pedro Cotton (1564-1626), muy amigo del círculo Acarie, ejerció profundo influjo no sólo sobre el conglomerado cristiano, gracias a su *Intérieure occupation de l'âme dévot* (1608), sino también sobre numerosos jesuitas de la generación siguiente, a quienes orientó hacia la vida mística. Una verdadera renovación espiritual, de la cual se alarmaban inútilmente los superiores romanos de la Compañía, se expresó sobre todo en torno al P. Luis Lallemant (1588-1635). Maestro de novicios en Ruán, formó una pléyade de misioneros, de directores espirituales y de escritores. Sus discípulos redactaron y publicaron (1694) su *Doctrina espiritual*: sistematizada indudablemente, pero fiel a lo esencial de su mensaje, a su «apasionada insistencia sobre la vida interior y la unión con Dios en la pureza del corazón y la docilidad al Espíritu Santo»¹³.

Es sabido que san Luis María Grignon de Montfort utilizó personalmente los libros del P. Juan Bautista Saint Jure (1588-1657), autor en especial del libro *De la connaissance et de l'amour du Fils de Dieu (Del conocimiento y del amor del Hijo de Dios)* (1633) y de *L'union avec N. S. Jésus Christ dans ses principaux mystères (De la unión con N.S. Jesucristo en sus misterios principales)* (1633), cuyos títulos dicen por sí solos el lugar del Verbo encarnado en la vida cristiana. Sus consignas de adhesión y unión a Jesucristo traducen el mismo movimiento que la adherencia beruliana. Director de De Renty y durante algún tiempo de María de los Valles y de Margarita del Smo. Sacramento, Saint Jure no dejaba de estar relacionado con los ambientes más influenciados por el fundador del Oratorio. No podemos afirmar otro tanto de Juan José Surin (1600-1665), pero sus escritos muy difundidos después de su *Catéchisme spirituel (Catecismo espiritual)* (1659), debió conocerlos san Luis María. Los años de formación, y más tarde de madurez, de éste último han visto también la publicación de obras de jesuitas que habían asimilado muy bien los aportes de los berulianos. En 1668 había aparecido la *Vie du P. Jean Rigoleuc (Vida del P. Juan Rigoleuc)* con sus tratados de devoción y sus cartas espirituales. Este discípulo del P. Lallemant también ponía el acento en la purificación interior y la fidelidad a las mociones del Espíritu de Dios. La misma época presenciaba la publicación de los escritos del P. Francisco Nepveu (1639-1706), que en lo esencial versaban sobre el vínculo del cristiano con Jesucristo: los directores sólo deben «trabajar para formar a Jesucristo en las almas»¹⁴. El lugar del Verbo encarnado dentro de su obra delata perfectamente el influjo difundido de la Escuela francesa a fines del siglo XVII.

Grignon de Montfort podía alimentarse con las obras de otros grandes místicos jesuitas franceses: los PP. Pablo de Barry, Francisco Poiré, Julián Hayneufve, Jacobo Nouet, Claudio de la Colombière, Juan Crasset. Pero no encontraba en ellos los temas dominantes de la Escuela francesa.

5. ¿Era beruliano Vicente de Paúl? - Daniel-Rops pudo escribir que san Vicente de Paúl *domina este período*. Esto es cierto desde el punto de vista cronológico: nacido en 1581, morirá en 1660. Es igualmente cierto en el plano del influjo apostólico, caritativo, espiritual e, incluso, político. Pero ¿es posible ubicarlo en la Escuela francesa en sentido estricto? Las opiniones son divergentes. Parece cierto en todo caso que Vicente fue influenciado fuertemente por Bérulle, que le consiguió múltiples ministerios. Vivió algunos años con los primeros oratorianos, pero sin entrar en su congregación. Su sentido de la misión se arraigaba en la contemplación de Jesús «enviado del Padre para evangelizar a los pobres». Se puede hablar de un auténtico cristocentrismo vicentino. Muchas veces exhorta a sus misioneros a «revestirse de Jesucristo». «Debemos vivir en Jesucristo por la muerte de Jesucristo y debemos morir en Jesucristo por la vida de

Jesucristo. Nuestra vida debe estar escondida en Jesucristo y llena de Jesucristo. Con el fin de poder morir como Jesucristo, debemos vivir como Jesucristo»¹⁵. Fórmulas como éstas muy paulinas, hacen pensar en Juan Eudes y en Olier. Vicente cita muchas veces el célebre pasaje de Gálatas 2,20: «Ya no vivo yo, Cristo vive en mí». Sin embargo su cristocentrismo era más sencillo que el de los *berulianos*. Vicente prefería hablar de *imitar* a Jesucristo que de adherirse a él o *comulgar* en sus estados y misterios o en sus sentimientos e inclinaciones. Si para él como para Condren (de quien ha podido tomar la fórmula) «Jesús es la única regla de la Misión», lo es más en el sentido de conformidad que en sentido propiamente místico. No obstante, las «Reglas comunes» insistirán en la necesidad de revestirse del Espíritu de Jesús, que es esencialmente espíritu de caridad, de compasión, de ternura y de preocupación por los pobres.

Dos rasgos caracterizan el cristocentrismo de Vicente: a. Los misioneros de hoy continúan la misión misma de Jesús; este es un tema cercano a la doctrina de Juan Eudes, pero más desarrollado por Vicente; b. Los pobres son los miembros de Jesucristo: al servirles, se sirve a Jesucristo. Una de sus frases favoritas era: «denle vuelta a la medalla» (reconocerán a Jesucristo bajo los rasgos del pobre).

Mezclado con toda la renovación misionera y mística del siglo XVII francés, Vicente de Paúl, vinculado personalmente a Bérulle, a Condren y Olier, así como a Bourdoise, forma realmente parte de la Escuela francesa, sin ser totalmente beruliano como sí lo eran Juan Eudes, Olier, de la Salle y Montfort, con quienes tiene grandes semejanzas¹⁶.

6. Presencia de las mujeres den la Escuela francesa - Si María Luisa Trichet ha desempeñado una función muy importante al lado de Montfort, es bueno subrayar que todo el siglo XVII religioso francés y en particular la Escuela francesa ha quedado marcado por un influjo muy considerable de las mujeres. P. Chaunu habló de la «feminización de la Iglesia de Francia en esa época»¹⁷. La sociedad francesa, no obstante dejar a las mujeres en una situación de inferioridad, reconoció y a menudo facilitó el influjo de ellas. Se ha hablado, incluso, «de la dicha que era ser mujer en Francia: disfrutaban de mil libertades y satisfacciones»¹⁸. Las cristianas -y sobre todo las católicas- van a hallarse a menudo a la vanguardia de la renovación cristiana, apostólica y caritativa.

Muchas congregaciones contemplativas van a renovarse (benedictinas, feullantinas, ursulinas, etc.) o a fundarse en Francia (visitandinas, carmelitas, etc.). Los conventos van a multiplicarse de manera extraordinaria, y algunos se convertirán, como Port-Royal, en centros espirituales frecuentados.

El ambiente de la gente devota va a presenciar el desarrollo de numerosos grupos, a veces enimeros, *mujeres seculares*, mujeres consagradas a Dios y comprometidas en múltiples servicios caritativos, hospitalarios o de enseñanza, pero sin ser religiosas. Preludiaban, a la vez, a nuestros modernos Institutos seculares y a las Sociedades de vida apostólica (las Hijas de la Caridad forman hoy parte de esas Sociedades). No hacían voto público alguno, ni vivía en clausura, y muchas de ellas «sin velo ni pañoleta», no vestían hábito religioso.

Pero el ambiente de los devotos conllevaba también numerosos laicos no agrupados en asociaciones, pero han desempeñado a veces un gran papel, como Madame d'Herculais o Madame Helyot.

Muchas de esas mujeres (religiosas, mujeres seculares o laicas aisladas) han estado vinculadas a la Escuela francesa a diferentes títulos: Madame Acarie, verdadera iniciadora, muy vinculada a Bérulle, ha ejercido poderoso influjo y no ha contribuido sólo a la reforma o instalación de monasterios de benedictinas (Montmartre, Soissons) y ursulinas, en París, con su prima Madame Sainte-Beuve; contribuyó sobre todo y en forma activa a la introducción en Francia de las carmelitas reformadas de santa Teresa en 1604.

Trabajaré por la fundación de otros carmelos antes de entrar ella misma en comunidad. Preparó en forma muy importante el nacimiento de la Escuela francesa.

Al lado de otras figuras sobresalientes de esta Escuela, se conoce el influjo inspirador de la madre Inés, de María Rousseau y de María de Valencia con Olier, la de María de los Valles con Juan Eudes, lo mismo que los lazos estrechos que unieron a Luisa de Marillac y Vicente de Paúl.

Pero si se quiere invocar a una auténtica *beruliana*, hay que citar a la madre Magdalena de San José, primera priora francesa del primer Carmelo teresiano en Francia. Ejerció enorme influjo sobre las futuras prioras de los 40 primeros carmelos franceses. Su doctrina beruliana de la adoración, del cristocentrismo místico por la adherencia a los estados y misterios de Jesús, de la devoción especial a la Madre de Dios se extendió por los carmelos de Francia. Gracias al pensamiento beruliano, dio a los carmelos de Francia el gusto por la piedad doctrinal. Muy cerca de nosotros, Isabel de la Trinidad será un buen testigo.

Se podría añadir a la evocación de esas mujeres la de María de la Encarnación (Guyart, 1599-1672), ursulina de Tours y de Quebec. Sin ser directamente beruliana, su devoción al «espíritu apostólico que no es otra cosa que el Espíritu de Jesús» es admirablemente semejante a lo que escribe Olier en la misma época.

Por último Margarita Bourgeoys (1620-1700), fundadora en Montreal de la Congregación de Nuestra Señora, quiso imitar y hacer vivir a sus hermanas «la vida ambulante y conversante con el mundo» que fue la de María, madre de Jesús. Sus escritos muestran el notable influjo del pensamiento de Bérulle y de Olier sobre su propia doctrina espiritual.

Si es más difícil reconocer en las mujeres de esta época los acentos propios de la Escuela francesa, la inspiración de los berulianos está presente en su doctrina espiritual y en sus compromisos espirituales. Se comprende entonces porqué muchas comunidades fundadas en los siglos XVII, XVIII e incluso XIX se reconocen actualmente como arraigadas en la Escuela francesa.

III. DOCTRINA ESPIRITUAL, ESPIRITU Y PEDAGOGIA

1. El teocentrismo, el espíritu de religión y la adoración - Todos los historiadores de la espiritualidad lo subrayan: el sentido de la majestad, de lo absoluto y de la santidad de Dios –arraigada en las grandes religiones monoteístas– caracterizó la experiencia y el mensaje de Bérulle. Pero, para él lo mismo que para sus discípulos, en Jesús y sólo en él, perfecto adorador del Padre, se realiza el culto en espíritu y en verdad. Olier escribirá: «Nuestro Señor Jesucristo vino a este mundo para traer el respeto y el amor a su Padre y para establecer su reino y su religión... ha dado testimonio de respeto y amor a su Padre, que son las dos realidades que comprende la religión»¹⁹. La respuesta del hombre a la majestad de Dios es pues la adoración, la actitud de religión hasta la consagración total de sí mismo. «En primer lugar hay que mirar a Dios y no a sí mismo y no obrar por miramiento y búsqueda de sí mismo, sino por la mirada pura de Dios»²⁰. Todo eso se explica porque no hay «nada tan grande como Dios y lo que da gloria a Dios»²¹.

Estas afirmaciones de Bérulle, recogidas por sus discípulos, han impactado mucho a sus contemporáneos. Condren, Olier, Eudes, cada uno a su manera, insistirán a la vez sobre la majestad de Dios, la importancia de la adoración, de la virtud de religión, que se expresa, de una parte, en una liturgia digna y viviente y, de otra, en la ofrenda total de sí mismo, verdadera adoración *por estado*.

2. Cristocentrismo místico - Aquí está el corazón de la experiencia y de la doctrina de los berulianos. Su contemplación del Verbo encarnado y el tipo de relación con Jesús

que proponen son a la vez tradicionales, muy teológicos, y profundamente coherentes. Se puede hablar legítimamente de una «cristología de la Escuela francesa», en el sentido de una espiritualidad dinámica, de esta «ciencia de los santos» evocada entonces tan a menudo. El pensamiento teológico de Bérulle y de sus discípulos versa a la vez sobre el misterio del Verbo encarnado de quien contemplarán sobre todo algunos aspectos (Bérulle distinguirá a veces la *sustancia* del misterio y su *economía*) y sobre la vida cristiana (la expresión es muy fuerte para ellos). Ellos comprendían y presentaban la vida cristiana como relación específica, personal y eclesial, con la persona misma de Jesús resucitado. Esta relación, realizada por el Espíritu, es esencialmente una relación de adherencia, de comunión, de vida y finalmente de identificación en profundidad. Todos experimentan el influjo del Espíritu Santo, llamado *Espíritu de Jesús* y hablarán mucho de él (Olier, J. Eudes, J. B. de la Salle).

a. *El Verbo encarnado* - El Verbo encarnado está en el corazón de la experiencia espiritual y del mensaje de los maestros de la Escuela francesa. El Papa Urbano VIII habría calificado a Bérulle de *apóstol del Verbo encarnado*. Se trata evidentemente de Jesús viviente, resucitado, pero contemplado en el misterio de su Encarnación. Ciertamente que para todos los cristianos este misterio constituye el centro de su fe, y todas las escuelas de espiritualidad son *escuelas de Cristo* (san Bernardo), pero Bérulle y sus discípulos han querido enfocar vigorosamente la mirada, la oración y la actividad de los cristianos sobre la persona misma de Jesús: - a quien se adora en el misterio mismo de su Encarnación y en sus demás misterios (y *estados*); esta adoración se expresa en las

elevaciones berulianas, en las grandes devociones a la Eucaristía, al corazón de Jesús y de María, a la Infancia de Cristo, a María...; - a quien nos unimos (adherencia) por la comunión en sus misterios, en sus disposiciones, en su corazón (las tres miradas de Jesús); - quien viene a vivir y actuar en nosotros por la fe, el amor y el compromiso apostólico. Esta vida de Jesús en nosotros nace en el bautismo, se nutre y desarrolla por la Eucaristía (y la oración= comunión no sacramental); - que nos envía como él ha sido enviado por el Padre y como ha enviado a sus primeros apóstoles enriquecidos con el don del Espíritu; - que está unido a María en forma única y definitiva: ella le dio su humanidad, él vive en ella y ella sigue siendo su madre y nuestra madre.

Se podrían citar numerosísimos textos. Como este pasaje bastante conocido, tomado de los *Discursos sobre el Estado y las Grandezas de Jesucristo*: «Un excelente personaje de este siglo (Nicolás Copérnico) quiso defender que el sol está en el centro del mundo, y no la tierra; que está se halla inmóvil y que, proporcionalmente a su figura redonda, se mueve respecto del sol, satisfaciendo, por esta posición contraria, a todas las apariencias que obligan a nuestros sentidos a creer que el sol está en movimiento continuo al rededor de la tierra. Esta opinión nueva, poco aceptada por la ciencia de los astros, es útil y debe seguirse en la ciencia de la salvación. Porque Jesús es el sol inmóvil en su majestad y el que mueve todas las cosas. Jesús es semejante a su Padre, y al estar sentado a su derecha, es inmóvil como él y da movimiento a todo. Jesús es el verdadero centro del mundo, y el mundo debe estar en movimiento continuo hacia él. Jesús es el sol de nuestras almas, del cual reciben ellas todas las gracias, las luces e influencias. Y la tierra de nuestros corazones debe mantenerse en movimiento continuo hacia él, para recibir en todas sus potencias y partes, los aspectos favorables y las influencias benéficas de este gran astro. Pongamos pues, en juego, los movimientos y afectos de nuestra alma hacia Jesús, elevémonos en la alabanza de Dios, sobre la materia de su Hijo único y del misterio de su encarnación, por los pensamientos y las palabras que siguen»²² ... (sigue una elevación a la Trinidad).

Jamás se insistirá lo suficiente en este *regreso al centro*, operado por Bérulle y sus discípulos, que es profundamente tradicional y al que servirán mediante toda su vida y compromisos.

b. *La vida cristiana* - La vida cristiana es esencialmente la vida de Jesús en nosotros. La expresión *vida cristiana*, el adjetivo *cristiana* reaparece con frecuencia en sus labios y bajo su pluma (Olier y J. Eudes en especial), y estos términos revisten un valor muy profundo. Jesús no es solamente para ellos el maestro a quien se escucha y sigue, el Rey a quien se sirve, el amigo que nos invita a su intimidad. Es todo eso, ciertamente, pero es más todavía, la vida de nuestra vida: «la vida cristiana es la continuación y plenitud de la vida de Jesús...; cuando un cristiano ora, continúa y lleva a plenitud la vida de Jesús»²³. Es la aplicación integral de la frase de Pablo en Gálatas 2,20: «Ya no vivo yo, Cristo vive en mí». Esa identificación se realiza por «la formación de Jesús en nosotros» (ver Gl 4,19) por el Espíritu Santo, mediante la comunión en los estados, las disposiciones, en los sentimientos mismos de Jesús.

Se comprende entonces, la insistencia sobre el oficio del Espíritu que forma a Jesús en nosotros. Para Juan Eudes, el secreto de los secretos, es invocar a ese Espíritu. Olier hablará de «abandonarse al Espíritu», que crea en nosotros las disposiciones y sentimientos de Jesús, y el sitio muy grande dado a María no son sencillas devociones yuxtapuestas: se hallan en perfecta coherencia con los misterios del Verbo encarnado.

3. El sentido de Iglesia - Nuestros Maestros de la Escuela francesa meditaban sin cesar a san Pablo y san Juan: leían asiduamente a los Padres de la Iglesia. Nadie se extrañará de constatar de que su visión del Cuerpo místico de Cristo era muy teológica. El P. E. Mersch ha podido escribir: «hay cosas referentes a nuestra incorporación en Cristo que sólo se aprenden en su escuela»²⁴. La teología reciente del Cuerpo místico y numerosas páginas de la Constitución conciliar *Lumen Gentium* estaban ya presentes como en germen en la doctrina de ellos. Si Bossuet ha podido decir de la Iglesia que era «Jesucristo difundido y comunicado», resumía en esta fórmula el pensamiento de toda la Escuela beruliana.

No es necesario insistir largamente en este aspecto de su doctrina y de su contemplación. Sin embargo, hay que subrayar el contraste impactante entre el concepto exteriorizante, demasiado exclusivamente jurídico y centralizado de la iglesia que parecían tener muchos «hombres de Iglesia» de la época, y la visión amplia, profundamente mística, que era la suya. Eran ciertamente realistas y reconocían en la Iglesia «nubes y arrugas», pero contemplaban en ella a la Esposa de Cristo, y finalmente al mismo Cristo. Insistían igualmente en la *construcción* de ese Cuerpo: «Cuanto hacemos en este mundo, es la composición de Cristo. Pues los santos trabajan en ello»²⁵. Pero recuerdan que la Iglesia no es nada por sí misma, no puede nada sino en Jesucristo...

«La Iglesia en su belleza está llena de nubes y arrugas, el Hijo de Dios es un espejo sin mancha; la luna no posee luz alguna en sí misma que no sea prestada, la Iglesia no posee claridad alguna fuera de la que saca del Sol, la Iglesia no es nada por sí misma, no es ni puede nada sino en el Sol, Jesucristo Nuestro Señor»²⁶.

Jesús prosigue su vida en la Iglesia. Nuestros berulianos insisten mucho en dos aspectos del misterio de la Iglesia: la oración litúrgica y la misión. Para ellos, el año litúrgico nos hace vivir los estados y misterios de Jesús, y la palabra y compromiso de los misioneros, animados por el Espíritu apostólico de Jesús, continúan y llevan a plenitud la misión del Verbo encarnado.

4. La Escuela francesa y la misión - Entre los reproches que se hacen a la Escuela francesa, se evocan frecuentemente los de misticismo y falta de compromiso apostólico.

La Escuela francesa sería una escuela de oración, de adoración, pero no de espíritu misionero. Con ella, estaríamos muy lejos de *Gaudium et Spes*.

No basta con decir que los autores de estas críticas se hacen culpables ya de anacronismos, ya más sencillamente de ignorancia monda y lironda de lo que fue el siglo XVII francés. Hay que reconocer ciertamente que algunos hechos negativos han afectado a esta corriente espiritual y misionera, y en especial que los herederos de los maestros han deformado a veces el pensamiento de los fundadores. Pero hay que recordar que el siglo XVII en Francia fue profundamente misionero y que el pensamiento teológico de sus maestros de espiritualidad presenta una gran coherencia que conserva su valor. El aporte de los berulianos se ubica tanto en su visión de la Iglesia *apostólica* y de la misión que sigue siendo la de Jesús como en su sentido profundo de la vida y de la oración cristianas.

Una de las causas de estas persistentes confusiones proviene quizás de lo que se dice una y otra vez de la Escuela francesa de espiritualidad, de los maestros que fueron Bérulle, Condren, Olier, Juan Eudes, Vicente de Paúl, como si no hubieran sido otra cosa que autores de tratados de espiritualidad, cuando fueron *varones apostólicos*, hombres de acción, presentes en su siglo.

Un estudio serio permite mostrar que el dinamismo propiamente místico del siglo XVII en Francia y el desarrollo misionero de esa época se articulan estrechamente uno con otro, en un sentido agudo de la Iglesia y del Evangelio, así como en la docilidad total al Espíritu Santo, que es el Espíritu mismo de Jesús, primer Enviado.

a. *El siglo XVII en Francia fue un gran siglo misionero* - No podemos contentarnos con hablar de «espirituales y místicos del gran siglo», sino que hay que mirar de cerca sus compromisos apostólicos, y plantearse siempre la pregunta acerca del vínculo que unía en ellos a la mística con la misión. La corriente misionera *ad extra*, tan fuerte en el siglo XVII, debe reubicarse en todo el conjunto de la renovación cristiana pastoral y espiritual que caracteriza a esa época.

Hay que subrayar ante todo la importancia que asumían en ese momento las controversias con los protestantes. Después de san Francisco de Sales, Bérulle y Condren y muchos otros trabajaron intensamente por el *regreso* de los reformados a la Iglesia católica. El ejemplo de la Srta. Raconis, convertida por Bérulle y orientada por él hacia el Carmelo, es muy significativo de ese tipo de apostolado, considerado por aquellos apóstoles como prioritario y que será continuado por Bossuet y Fenelón...

Las misiones al interior experimentaron un florecimiento y éxito extraordinarios en el siglo XVII. No sólo Vicente de Paúl dará a su congregación el título de *Congregación de la misión*, sino que al mismo tiempo que él, y a menudo en vinculación con él, numerosos sacerdotes, oratorianos y no oratorianos, *misionaron* a través de toda Francia. En la escuela del Oratorio, Juan Eudes fue siempre un gran misionero: él mismo hará 117 misiones... El P. Maunoir, jesuita de Bretaña, hará 375. Vicente de Paúl, personalmente o por los sacerdotes de San Lázaro, alcanzará el número de 700. Nos queda difícil imaginar lo que representaban estas misiones como esfuerzo apostólico... Sería necesario citar aquí las cartas de Vicente de Paúl o de Juan Eudes en que describían esa predicación, tratando de precisar el número de oyentes (cerca de 20.000 a veces), de los confesores (varias decenas en algunos casos), etc.

La renovación de las parroquias, en el terreno de la liturgia, de la catequesis, de la organización de la caridad..., fue extraordinaria en ciertos lugares, como en san Nicolás con Bourdoise, en San Sulpicio con Olier, etc.

El servicio de los pobres, la recuperación de las prostitutas fueron preocupación constante de estos grandes reformadores, como Vicente de Paúl, Juan Eudes y tantos otros.

La formación de los sacerdotes fue el anhelo y la preocupación principal de aquellos hombres: a menudo percibieron la necesidad de la misma, no sólo por la carencia casi total de formación del clero (a pesar de su gran número, sobre todo en las ciudades), sino, a la vez, para asegurar el fruto permanente de las misiones (J. J. Olier entre otros).

La enseñanza de la juventud en los colegios (jesuitas, oratorianos) y de los niños pobres en las *escuelas gratuitas* experimentó un crecimiento prodigioso en ese siglo XVII.

Una renovación espiritual en profundidad animó el comienzo del siglo XVII en Francia y explica en gran parte la renovación pastoral y misionera. Si Baruzi pudo escribir a propósito de la España del siglo XVI: «La gente se lanzaba hacia la oración», algo análogo se podría decir respecto de ciertos círculos católicos de comienzos del siglo XVII. Sea suficiente evocar el salón de Madame Acarie (consultar, por ejemplo, a P. Cochois, *Bérulle et l'École française, (Bérulle y la Escuela francesa)* París, 1963, 8-11). Allí se encuentra la élite espiritual y apostólica de París, allí se preparará el ingreso de las carmelitas a Francia, allí se comparten y enriquecen las mejores experiencias espirituales y misioneras... Durante el siglo XVII en Francia se leerá mucho la Biblia y los maestros espirituales, el arte religioso experimentará un gran florecimiento...

Las misiones extranjeras excitan el entusiasmo de numerosos cristianos, sacerdotes y laicos. Canadá *atrae*: los jesuitas, los recoletos, los sulpicianos, las ursulinas, las agustinas, laicos como Juana Mance y Jerónimo Le Royer de la Dauversière, y tantos otros, se comprometerán a fondo en este movimiento de evangelización de la Nueva Francia. Montfort también pensará en ello más tarde. En forma paralela, los capuchinos y otros, partirán hacia el Próximo Oriente, jesuitas, como Alejandro de Rhodes, adelantarán realizaciones perdurables en Vietnam y otros lugares. En 1663 se abrirá en París el Seminario de misiones extranjeras.

b. Algunos términos significativos: misión, apostólico, - en forma paralela con el vocabulario de la misión que para ellos remite a la misión del Verbo encarnado (Bérulle, Condren, Vicente de Paúl), los escritores espirituales del siglo XVII utilizan mucho el adjetivo apostólico: varones apostólicos, gracia apostólica, espíritu apostólico, disposiciones apostólicas, vivir a lo apostólico, sabiduría apostólica.

En el siglo XVII, el término no designa sólo «lo que se vincula con los Apóstoles», ni sólo un estilo de vida análogo al de los Apóstoles y los primeros cristianos, ni sólo el celo al servicio del Evangelio... El término, para nuestros místicos misioneros, envuelve y conlleva todas estas resonancias, pero las centra en torno al espíritu mismo de Jesucristo, como lo hace María de la Encarnación en su Relación de 1654, donde habla de una de las mayores gracias de su vida: «Era una emanación del espíritu apostólico, que no es diferente del Espíritu de Jesucristo».

Algunos textos serán aquí suficientes: escribiendo a Olier a propósito de un misionero, le dice Condren: «Reconozco, me parece, y honro en él algo de la gracia apostólica en la cual pido al Señor nos conceda alguna participación»²⁷.

Olier, partiendo a misionar en Montdidier, escribe a una religiosa de Nantes: «Te conjuro a que pidas intensamente y con frecuencia para mí el espíritu apostólico... ¡qué de bienes no seremos capaces de hacer con este espíritu!... Tenemos que emplear todas nuestras fuerzas para alcanza este don». El mismo Olier hablará sin cesar de *casa apostólica* a propósito de su comunidad y escribirá: «Si se dieran tres varones apostólicos dentro de un seminario, llenos de todas las virtudes evangélicas de saber y de sabiduría... serían suficientes para la santificación de toda una diócesis»²⁸.

Se hallarían en san Juan Bautista de la Salle acentos análogos. Sus *Meditaciones para el tiempo del Retiro* insisten en el hecho de que sus hermanos han «sucedido a los

apóstoles en el oficio de instruir y catequizar a los pobres...». Dios les dio la gracia «de participar en el ministerio de los santos Apóstoles...»²⁹.

Ya mucho antes que él, y hablando a religiosas, tanto Francisco de Sales, como Pedro Fourier y Alix Le Clerc habían hablado de *mujeres apóstolas [apôtresses]* porque, tanto por la oración como por la educación, esas religiosas continuaban y actualizaban el ministerio de los Apóstoles. El empleo de todo este vocabulario traduce una visión muy *teológica* de la misión: es la misión misma de los Apóstoles y sólo puede realizarse en el espíritu apostólico ...

c. Una teología y una espiritualidad de la misión: el aporte de la escuela beruliana. Todos estos hombre y mujeres tan comprometidos en el esfuerzo apostólico y misionero de su época estaban informados por algunas convicciones muy fuertes:

* *Jesús se halla al origen de toda misión.* Jesús, primer enviado del Padre, está al origen de toda misión, de todo anuncio del Evangelio. El tema reaparece corrientemente en la pluma de Bérulle, en especial en el Discurso sobre la Misión de los Pastores.

* *El celo de los apóstoles de hoy.* Su espíritu apostólico no es otro que el Espíritu mismo de Jesús en el cual comulgamos. Los misioneros, los varones apostólicos no hacen otra cosa que imitar a Jesús: son a la vez portadores de Cristo y son llevados por su Espíritu.

J. J. Olier escribe en sus Memorias: «Acabo incluso de aprender en la oración que Nuestro Señor se quedó en el Smo. Sacramento del altar para continuar su misión hasta el fin del mundo, para predicar la gloria de su Padre, y que los hombres apostólicos y

todos los apóstoles son portadores de Jesucristo, llevan por doquier a Nuestro Señor, son como sacramentos que lo llevan a fin de que, dependiente de ellos y por ellos, publique la gloria de su Padre»³⁰.

Textos semejantes pueden encontrarse en la mayoría de los espirituales de la Escuela beruliana. Muestran hasta la evidencia que su compromiso apostólico se enraizaba en su fe y en su experiencia espiritual. De modo más preciso la *comunión* en los estados y disposiciones interiores de Jesús les llevaba a vincularse con el Corazón de Cristo en su caridad universal, y *abandonarse a su Espíritu* apostólico. En este sentido compuso J. J. Olier una oración, poco conocida, que alude al celo de María por la Iglesia: «Jesús que vives en María, danos parte en esa santidad que la consagra continuamente a Dios; permítenos comulgar en el celo que ella tiene por tu Iglesia; por último, revístenos de ti en forma universal, para no ser nada en nosotros, para vivir únicamente de tu espíritu como ella, para gloria de tu Padre. Amén»³¹.

5. ¿Una pedagogía específica? - Casi todos los verdaderos maestros espirituales se manifiestan como excelentes pedagogos. Esto se da también en las grandes religiones. Se lo verifica, claro está, en el Antiguo Testamento (oráculos y acciones de los Profetas, palabras y escritos de los Sabios, salmos), en Jesús mismo, gran educador, en los Apóstoles y en muchos santos cristianos. Los maestros de la Escuela francesa quisieron iniciar a sus discípulos en una vida *cristiana* profunda, arraigada en la Palabra de Dios, que se expresaba en la oración, se alimentaba en los grandes escritores espirituales del pasado y se manifestaba en tales o cuales compromisos, especialmente los del bautismo y votos de servidumbre. Bérulle pudo ser descrito como un *iniciador místico* (P. Cochois). Recordemos que la existencia espiritual y apostólica de J. J. Olier ha sido marcada al ritmo de diferentes votos de servidumbre.

Por otra parte, hay que citar fórmulas de oración como «O Jesu, veni in me» de Condren, recogida y ampliada por Olier («¡Oh Jesús, que vives en María...!», recomendada por Montfort). Juan Eudes, quien en pos de Bérulle compondrá oficios (del Corazón de María en 1648; del Corazón de Jesús en 1672), difundirá muchas oraciones,

la más célebre de las cuales es el *Ave Cor*, que se dirige a los Corazones de Jesús y de María.

Finalmente, diferentes ejercicios o exámenes jalonan las jornadas o semanas de los berulianos. Estos textos estarán casi siempre centrados en Jesús. Así lo son los *Ejercicios antes del mediodía*, compuestos por Juan Eudes y que son eminentemente cristológicos. Los *Exámenes particulares* de Luis Tronsón conocerán toda una historia: a pesar de sus límites, son testigos de un gran empeño pedagógico.

Métodos de oración. El más célebre, el de San Sulpicio, cuya sencillez original (Jesús ante los ojos, en el corazón, en las manos) se hizo pesado con una multitud de actos con la intención de ayudar a los principiantes, a riesgo de *psicologizar* demasiado -lo mismo que los exámenes particulares- ha sido muy difundido y se mostró muy fructuoso.

Con ocasión de las misiones organizadas por tantos apóstoles del siglo XVII, se ponía en marcha toda una pedagogía, en vista de una sólida instrucción, de la preparación de confesiones generales y la renovación de los compromisos bautismales. Montfort será también en esto heredero -original- de sus predecesores. Sería interesante comparar los principios y métodos de Montfort con lo que conocemos de las prácticas de Juan Eudes, por ejemplo, cuyos escritos fueron muy difundidos.

6. ¿Qué pensar del pesimismo de la Escuela francesa? - Uno de los reproches más frecuentes dirigidos a la Escuela francesa es el de pesimismo exagerado, del cual darían prueba sus líderes frente a la naturaleza humana. Condren y Olier, sobre todo, con su insistencia en la condición pecadora del hombre y su nada como criatura, parecen oponerse a ciertas afirmaciones bíblicas relativas a la *bondad* de la creación y ser incompatibles con ciertas páginas del Concilio Vaticano II.

Para comprender mejor a los berulianos, es importante tener en cuenta algunos elementos. Sin querer defenderlos -tienen sus límites, vinculados a su época-, merecen leerse con atención. Su concepción de la naturaleza humana y de la renuncia cristiana constituye para nosotros hoy un reto, por lo menos una invitación a leer mejor los textos del Nuevo Testamento e interpretar mejor nuestra propia experiencia.

Ante todo hay que distinguir el problema de su visión de la naturaleza humana y el de su insistencia sobre el anonadamiento, la muerte a sí mismo como condición de vida, incluso si las dos realidades se relacionan entre sí. Respecto de la dialéctica muerte-vida, Bérulle, Olier y Juan Eudes tienen afirmaciones categóricas: hay que morir, pero lo esencial, es la vida: «Tenemos que pedir a Dios ese estado y espíritu de muerte, porque es necesario para dar lugar a la vida de Jesús que no se establecerá sino en cuanto

32

muramos a nosotros mismos»

Olier, después de haber recordado que es preciso, en pos de Jesús, «morir e inmolarse a Dios..., anonadarse enteramente por aquel a quien se ama..., lo cual comprende la muerte universal..., no hay que morir a una sola cosa, sino a todas», prosigue así: «El amor a la cruz y la muerte a sí mismo no son la religión cristiana. Estos sólo son principios y fundamentos. No son sino alejamiento de las cosas que impiden llegar a la religión y poder entrar en ella... Tan perfectamente que la base de la religión se encierra en estas palabras: "¡Sígueme!" El mismo san Jerónimo lo subraya que la perfección cristiana y religiosa no consiste en el despojo de todas las cosas, porque los filósofos ya lo realizaron. La perfección de la religión cristiana consiste en seguir a Nuestro Señor en su vida interior y en sus santos y divinos caminos»³³. Sabemos, por lo demás, hasta qué punto se centraba Olier en el misterio de la resurrección de Jesús, aunque L. Tronson *atenuó* ese aspecto en la edición de los escritos olierianos que se plasmó en el *Tratado de las Ordenes sagradas*.

Pero la insistencia en la debilidad radical de la naturaleza del hombre, en la condición fundamentalmente pecadora del hombre, puede parecernos exagerada. Es exacto que en muchos pasajes nuestros autores insisten más en la distancia que nos separa de Dios que

sobre *la imagen y semejanza* que afirman los relatos bíblicos de la creación. Pero hay que leer todos los textos para matizar estas afirmaciones. Olier se convierte casi en franciscano «al escuchar cantar las aves» o mirar el fuego.

Para comprender un tanto su mentalidad pesimista, es importante recordar que su época estaba impregnada de agustinismo y, a menudo, de rigorismo. Lo demuestran las exageraciones de Port-Royal. Aquí también hay que reconocer al respecto que el menosprecio del mundo en Port-Royal y en el jansenismo se oponía al compromiso *en el mundo* de que hablan los berulianos, sacerdotes y laicos: la posición de Gastón de Renty lo muestra hasta la evidencia. Pero el pesimismo de un Condren o de un Olier —que leían mucho a san Agustín y meditaban constantemente a san Pablo (Rm 7) y san Juan (acerca del *mundo*, la oposición luz-tinieblas)— arraigaba también y tanto más en una experiencia humana y espiritual que fue, especialmente en el caso de Olier, en extremo dolorosa. Lo trágico de la condición humana y las consecuencias propiamente dramáticas de la vida cristiana las experimentó él con extraña intensidad. Esto parece deberse en parte a un temperamento muy sensible y a pruebas interiores y exteriores que *lo redujeron a nada* con ocasión de su crisis de 1639-1641. Salió de ella, libre, feliz y pleno de celo apostólico, pero no olvidará jamás este paso por la noche. Por otra parte, es importante no olvidar jamás que estos maestros de la Escuela francesa eran verdaderos místicos. Nos hallamos lejos de su experiencia radical de Dios y de nuestra nada. Pero es importante escuchar su testimonio. Ya san Juan de la Cruz hablaba de que «este camino de Dios no consiste en multiplicidad de consideraciones, ni gustos (aunque esto en su manera sea necesario a los principiantes), sino, en una sola cosa necesaria, que es saberse negar de veras, según lo exterior e interior, dándose al padecer por Cristo y aniquilarse en todo»⁹⁴.

Por último, y es quizás el mensaje esencial de la Escuela francesa, sólo en Jesús queda reconciliada y creada la humanidad. La meta es la comunión total con Jesús, pero el camino no puede ser otro que el anonadamiento total de sí mismo. El camino de la cruz de Jesús es paso obligado, porque, «sin él no podemos hacer nada» (Jn 15,5).

IV. GRIGNION DE MONTFORT, «EL ULTIMO DE LOS GRANDES BERULIANOS»

La frase de E. Bremond se ha clarificado ya en los páginas anteriores. Al término de este artículo, es posible enumerar algunos de los títulos de pertenencia de Montfort a la Escuela francesa. La lista no será exhaustiva, sino que exigirá complementaciones, profundizaciones y aperturas.

Montfort, apóstol de la «Sabiduría eterna» —que no difiere del Verbo encarnado— recoge a su manera el cristocentrismo de Bérulle. Su insistencia en los misterios de Jesús vividos en María y comunicados por ella desarrolla el pensamiento de la oración olieriana. Las páginas inflamadas de J. J. Olier sobre la vida interior de María encuentran en él un eco poderoso. Pero siempre, a tiempo y a destiempo, recuerda la primacía absoluta de Jesucristo en la fe y en la vida cristiana: «Primera verdad. - El fin último de toda devoción debe ser Jesucristo, Salvador del mundo, verdadero Dios y verdadero hombre. De lo contrario, tendríamos una devoción falsa y engañosa. Jesucristo es el alfa y la omega, el principio y el fin de todas las cosas. La meta de nuestro ministerio, escribe san Pablo- es construir el cuerpo de Cristo [...] Efectivamente, sólo en Cristo habita realmente la plenitud total de la divinidad y todas las demás plenitudes de gracia, virtud y perfección [...] Si establecemos la sólida devoción a la santísima Virgen, es sólo para establecer más perfectamente la de Jesucristo y ofrecer un medio fácil y seguro para encontrar a Jesucristo. Si la devoción a la santísima Virgen apartase de Jesucristo, habría que rechazarla como ilusión diabólica; pero —como ya lo he demostrado e insistiré en ello más

adelante— sucede todo lo contrario. Esta devoción nos es necesaria para hallar perfectamente a Jesucristo, amarlo con ternura y servirlo con fidelidad» (VD 61-62).

Montfort ha sido misionero como muchos de sus contemporáneos, pero también con acentos tan teológicos como Juan Eudes. Su preocupación pedagógica, en especial respecto de la renovación de los compromisos de la bautismo y de la consagración a Jesús por María, empalman con las prácticas de san Juan Eudes y las precisan. En terreno práctico, el secreto que entrega: la esclavitud a Jesús por María recoge unificándolos en extremo, los votos de servidumbre a María y a Jesús que habían practicado y aconsejado Bérulle y Olier. Pero pormenoriza ampliamente las ventajas de esta práctica y las modalidades concretas que pueden asegurar la autenticidad y fruto. El *Secreto de María* divulga así, entre gran número de lectores, esa forma de consagración a María; pero el *Tratado* sigue siendo el libro clásico de la devoción mariana.

Entre los santos de este período, y quizás de todos los tiempos, Grignon de Montfort ha sido probablemente el que ha avanzado más en la profundización teológica de la devoción a María al servicio de la vida cristiana de las personas más sencillas. Juan Pablo II, gran lector del *Tratado de la Verdadera Devoción*, ha podido decir: Grignon de Montfort nos introduce en la economía misma de los misterios de los cuales vive nuestra fe, que la hacen crecer y la vuelven fecunda»³⁵.

Su sentido de la Cruz de Jesús, lejos de ser negativo y dolorista, recuerda a san Pablo y tal o cual página de J. J. Olier en el *Pietas seminarii Sancti Sulpitii* (*Piedad del Seminario de San Sulpicio*). Pero también aquí, como para Bérulle y Olier, la austeridad exigente de la Cruz y del anonadamiento está iluminada y como dulcificada por el amor y por la presencia maternal de María. Montfort quiere ver que se multipliquen los «esclavos de amor, que, por efecto de un intenso amor, se entregan y consagran a su servicio, en calidad de esclavos por el único honor de pertenecerle» (VD 73)³⁶.

R. Deville

Notas - ¹ Los Padres monfortianos publican numerosos estudios y documentos importantes; los Hermanos de las Escuelas cristianas publican una serie de *Cahiers lasalliens* de gran interés. - ² *Elogio fúnebre de Mons. Forbin-Janson*, Nancy, 28 de agosto de 1844 (obras completas, noticias y panegricos). - ³ *Charlas espirituales*, ed. Dodin, París, 1960, 502 - ⁴ *Vida y Reinado de Jesús*, 2a p., París 1924, 166. - ⁵ *Id.*, 3a p., 310- 312. - ⁶ *Id.*, 6, 52. - ⁷ *Traité des saint ordres (1676) comparé aux écrits authentiques de Jean-Jacques Olier (1657)*, edición crítica... por G. Chaillot, P. Cochois et I. Noye, París, 1984. - ⁸ *Pietas seminarii*, trad. F. Tollu, ed. Amiot, 1954, 163. - ⁹ *Mémoires II*, 314. - ¹⁰ John Saward en el capítulo *Bérulle and the French School* de la obra *The study of spirituality*, Londres, SPCK, 1986, 395. - ¹¹ *Id.*, 386. - ¹² H. Bremond, *Histoire littéraire du sentiment religieux en France...*, t. III: *La conquête mystique / l'École française*, París, 1925, 98, nota 1. - ¹³ G. Bottereau, «Lallement (Louis)», en *DSAM*, t. 9, col 133. - ¹⁴ F. Nepveu, *De l'amour de Notre-Seigneur Jésus-Christ*, 1684, prefacio. - ¹⁵ Carta del 1º de mayo 1635 (n. 197), ed. Coste I, 295. - ¹⁶ R. Deville, *Saint Vincent and Saint Louise in relation to the French School of spirituality*, Vincentian Heritage, Vincentian Studies Institute, 1990, 29-44. - ¹⁷ *L'Église, culture et société*, París, 1984, 401. - ¹⁸ Art. «Femme» en el *Dictionnaire du Grand siècle*, París, 1990, 579. - ¹⁹ *Introduction à la vie et aux vertus chrétiennes*, c. I. - ²⁰ Bérulle, *Oeuvres de piété*, XI, Migne, col. 1245. - ²¹ Bérulle, C 44, oct. 1608. - ²² *Discurso sobre el estados y grandezas de Jesús*, col. 161. - ²³ Oc,
²⁴ 165. - *Le Corps mystique du Christ*, DDB, París-Bruxelles, 1936, t. II, 343. - Condren et Ameloté, *Theologie Chrétienne*, Archives de Saint-Sulpice ms. 347, 574. Ver J. Eudes
²⁵

sobre «la formación de Jesús en nosotros», *oc.*, 2ª parte, 271-276. - ²⁶ Olier, *Mémoires*, II, 321. - ²⁷ *Lettres du Père Ch. de Condren*, ed. Auvray et Joffrey, Cerf, París, 1943, 201 (C 65, al P. Olier). - ²⁸ *Projet de l'établissement d'un séminaire (Proyecto del establecimiento de un seminario)*, ed. I. Noye, en *La tradition sacerdotale*, X, Mappus, 1959, 228. - ²⁹ 8ª *Meditación para el tiempo del retiro*, en *Méditations*, ed. París, 1982, 596 y *passim*. - ³⁰ *Mémoires*, t. II, 314. - ³¹ Ver I. Noye, *La prière à Jésus vivant en Marie*, en CM, n. 123, 15 de junio de 1980, 173-179. ³² Bérulle, *Oeuvres de piété* 144, ed. Migne, col. 1183. - ³³ *Mémoires* IV, 12-122. - 34 *Subida del Monte Carmelo* II, 7, 8. - ³⁵ Ver A. Frossard, *No tengáis miedo, diálogo con Juan Pablo II*, R. Laffont, París, 1982, 186. - ³⁶ VD 73: se trata aquí de la esclavitud a Jesús.

[Atrás](#)